

*POSIBILIDADES DE EXPANSION
DE LA REPUBLICA ARABE UNIDA*

Aunque en la continuidad de las grandes cuestiones actuales del mundo árabe, los problemas de Argelia y Túnez hayan ocupado la atención más reciente por su relación con la política interior francesa y la mediación de los buenos oficios anglosajones, no cabe duda de que la evolución del nuevo Estado egipcio-sirio es el punto esencial del arabismo presente e inmediato.

Con su designación internacional de U. A. S. («United Arab State») la de R. A. U. o su exacto nombre árabe de «Gumhuriyya al arabiyya al mutájida» el Estado que tiene doble cabecera en El Cairo y Damasco (aparte la adhesión desde fuera del Reino del Yemen) ha polarizado desde su creación la mayor parte del interés del Próximo Oriente. Desde los lados occidentales del Norte de Africa hasta el Océano Indico, las trayectorias de la R. A. U. sirven como punto de referencia; incluso para las iniciativas que siguen rumbos opuestos, como las de consolidación de la federación Jordania-Iraq, o los planes de extensión de Arabia Saudí. Así pues, los análisis objetivos de las posibilidades de expansión que presenta la República Arabe Unida son indispensables para seguir los rumbos del arabismo en uno de los momentos más difíciles de su historia.

En la creación de la referida R. A. U. después de los acuerdos que en diciembre de 1957 tomaron los parlamentos de Damasco y El Cairo para llegar a la unión, fueron las laboriosas gestiones de enero para dar la forma oficial al nuevo organismo; la firma de los documentos de la unificación el 1.º de febrero; la exposición en las Cámaras el 5 del mismo mes, el plebiscito del 21 por el cual fué proclamado Gamal Abdennaser jefe del nuevo Estado. A la vez fué la proclamación y puesta en vigor durante febrero de la Constitución Provisional que había de ser sustituida por otra definitiva. Y desde abril, la creación de la nueva bandera única de la R. A. U. que tiene desde arriba a abajo tres franjas rojas blanca y negra, con dos estrellas verdes en el centro.

En el conjunto árabe del Próximo Oriente u «Oriente Medio» donde se notaron los primeros efectos de la nueva federación, lo que más despertó el interés (tanto de los mismos árabes, como de los observadores extranjeros y los enviados de la prensa internacional) fueron los efectos de repercusión sobre el equilibrio y el desequilibrio de los Estados y los gobernantes. Esta preferencia en la atención quedó justificada inicialmente por el hecho de que la fusión sirio-egipcia con la adhesión del Yemen, se hubiese producido a la vez que en Ankara se celebraba una reunión del Pacto de Bagdad, ante la cual la actuación de los dirigentes de Damasco y El Cairo parecía una reacción. Luego fué la contrarreacción que dió origen, en Jordania y el Iraq, a crear la llamada «Federación Árabe» de los reinos dinásticos hachimíes o hachimitas. También en Arabia Saudí la transmisión de plenos poderes por el Rey Saud a su hermano el Príncipe Faysal, y en el Sudán la marcha de la política interna parlamentaria, han sido cambios directamente provocados por la existencia y el desarrollo de la R. A. U. Son igualmente la aproximación de Saud a los gobernantes de Bagdad, la presencia en esta ciudad del ex dictador sirio en exilio Adib Chichakli; los esfuerzos que los jefes de los partidos de oposición del Líbano hacen para impedir que Camilo Chamún sea reelegido como Presidente de la República libanesa etc., etc.

En los círculos políticos y los sectores de información de las naciones de Europa Occidental, también se ha prestado la mayor atención a los aspectos estatales en conexión con la R. A. U. aunque no ha sido por el juego de los equilibrios árabes, sino por los vínculos con la U. R. R. S., sobre todo después del viaje del Presidente Abdennasser a Moscú. Acerca de ese viaje, algunos de los más autorizados y divulgados comentarios que ha divulgado la prensa diaria y semanal española, han hecho constar que la evolución de la actitud del Presidente de la R. A. U. «dependería de la política americana y europea en relación con el mundo árabe». Porque es evidente que desde ahora en El Cairo está el mayor centro vivo de las aspiraciones y las posibilidades árabes; y las potencias atlánticas debían darse cuenta de esa realidad. A pesar del viaje a Moscú, sigue Abdennasser empeñado en mantener junto al deseo de la unidad arabista de lo que en El Cairo se llama «neutralidad positiva». No es verosímil que cambie esa política en sentido anti-occidental, a no ser que desde el Oeste se le obligue a ello. De que esto sigue siendo cierto, parece tenerse pruebas positivas en los rumores oficiosos de que en Norteamérica el Presidente Eisenhower y el secretario de Estado Foster Dulles podrían estar dispuestos a revisar su política egipcia, tanto por el desbloqueo de los dólares congelados desde la nacionalización del Canal de Suez,

tanto como por una posible agregación de la R. A. U. a la lista de las naciones susceptibles de recibir una ayuda económica e incluso militar. En todo caso, no puede dejar de tenerse en cuenta que hasta ahora no se ha hecho nada o casi nada tangible para reparar los daños materiales y espirituales que causó la expedición franco-inglesa contra Port Said. Y en esa reparación estriba una necesaria recuperación de confianza de los nacionalistas árabes en general ante las potencias del grupo atlántico.

En el aspecto psicológico de que los árabes sigan teniendo la sensación de que han sido agredidos desde el Oeste, reside un junto esencial de la actual posición preferente del R. A. U. ante el arabismo general. No se trata de que en El Cairo se explote el resentimiento (pues de ello dan fe tanto el proyecto de viaje oficial de Abdennasser a Roma para contrarrestar el de Moscú, como la no-existencia pública de partidos comunistas dentro de la R. A. U.); sino de que según la mentalidad árabe, Egipto ha soportado y soporta las mayores presiones extranjeras, precisamente a causa de su carácter nacional y popular.

Volviendo a los referidos comentarios autorizados españoles de los primeros momentos, después de crearse la República Árabe Unida, ha de citarse el valor documental de la afirmación: «No hay que esperar que entre los pueblos del Oriente Medio alcancen mucha popularidad las reacciones de los grupos tradicionales contra la política unificadora». Esto tiene conexión con la evidencia de que los sectores más contrarios y adversarios de la unión egipcio-siria, han sido y son los más plutocráticos, los más extranjerizados, los que ya han agotado sus repertorios de fórmulas políticas; y, en todo caso, aquéllos que pueden contar con un número mayor o menor de personalidades destacadas, pero tienen escasos contingentes de masas humanas detrás de ellos. La mayor posibilidad de la República Árabe Unida es inicialmente la de su carácter popular. En Egipto y en Siria los cambios político-sociales que como derivaciones de la guerra palestina de 1948 y 1949 dieron el poder público desde 1952 a elementos militares de la clase media intelectual, han acentuado después el empeño de afirmar que representan a las clases más pobres y más numerosas. Hasta en derivaciones internacionales como la nacionalización del Canal de Suez, que tuvo su primer antecedente en el deseo de mejorar el nivel de vida popular con los riesgos de la nueva presa de Assuan.

El mismo populatismo explica las agitaciones que en el país del Jordán se han notado a favor de Egipto entre los antiguos palestinos refugiados y residentes (aunque no hayan podido prosperar por la especial situación de

aislamiento fronterizo en que se encuentra aquel país). En el Líbano han tenido el mismo sentido favorable hacia la R. A. U. la huelga de varios días en la ciudad meridional de Tiro, y las tumultuosas manifestaciones callejeras en su ciudad septentrional de Trípoli. La otra ciudad de Trípoli (es decir, la de Libia en el Norte de Africa) cuenta también con partidos egipcios destacados. Y en Bagdad, cuarenta y dos destacados dirigentes de diversas tendencias han solicitado repetidamente del Jefe del Gobierno iraquí, Nuri Said, que retire aquella nación fuera del Pacto de Bagdad, considerando que dicho pacto «asfixia al Iraq» por mantenerlo separado del resto del mundo árabe.

En realidad los demás Estados de ese mundo que no quieren fundirse ni confundirse con el que preside Gamal Abdennasser, sólo podrán en lo sucesivo lograr tal propósito, buscándose ellos también contenidos populares. En algunos de ellos (es decir, los hachimitas), no sirve el antecedente de que tuvieran su origen en la llamada «revolución del desierto» de 1916 contra el Imperio turco, puesto que entonces los reyes subieron a los tronos por una gestión inglesa que ahora resulta antecedente casi anti-nacional. En los grandes reinos y los pequeños emiratos o cheijatos de la península arábiga, como las creaciones de los Estados y Estadillos, fueron personales de sus reyes, lo dinástico cubre toda la vida pública sin dejar elasticidad de movimientos a sus Estados arcaicos excesivamente palatinos, lo cual es también aplicable al Yemen donde el enlace dentro de la R. A. U. necesitará cambios de estructura administrativa y nacional). De todos modos desde El Cairo se actúa para sustituir el viejo panarabismo de los gobiernos sueltos por otro de base más ancha. Y de ello da fe el silencio con que ha pasado la fecha del día de la Liga Arabe, cuyo palacio junto al Nilo ha quedado casi olvidado y arrumbado.

El mismo popularismo del nuevo régimen sirio-egipcio, es la razón que puede explicar algunos de los sorprendentes y paradójicos efectos producidos por la creación y las perspectivas de la R. A. U. en el que parecía deber seguir siendo su mayor enemigo: o sea Israel. Allí ha sido el Jefe del Gobierno, David Ben Gurión, quien en una entrevista concedida a mitad de abril al semanario americano *New Week* ha afirmado que «sería incluso concebible que Israel se adhiciese al Estado árabe de Abdennasser sobre una base federal o confederal, si se llegara a un arreglo entre Israel y los árabes». Y estas palabras del más importante dirigente sionista no resultan tan extrañas si se piensa en que los diferentes Estados y Estadillos del Oriente Medio necesitan consagrar a sus reconstrucciones internas y elevación del nivel de vida de sus

pueblos, gran parte de los recursos que hoy consumen los gastos de tensión, como los preparativos militares.

Detrás de los popularismos y los empeños de buscar con las integraciones o federaciones, más amplios espacios para las economías apretadas por fronteras artificiales, hay, en efecto, una necesidad de paz para tener tiempo de realizar las reconstrucciones de una modernización retrasada por falta de recursos y de calma. Así se explica que hace algunos meses el Gobierno egipcio pidiese a los jefes de todas las naciones, que en El Cairo representan a Estados africanos y asiáticos, que expusiesen las actitudes de sus respectivos Gobiernos sobre pactos con países extranúeros en condiciones de dependencia, uso de armas atómicas y establecimiento de rampas de lanzamiento en territorios del Oriente Medio, puntos todos con los cuales Egipto expresa su disconformidad. En la Conferencia Afro-asiática de El Cairo fué el representante egipcio, Anwar es Sadat, quien dijo como punto de vista de su país que «sólo la paz y la detención de la política de rearme puede asegurar una elevación del nivel de vida de los pueblos».

Interiormente, la R. A. U. cuenta como factores positivos de la unión, los de completamiento de las economías parciales de los antiguos territorios de Egipto y Siria cuyos climas y cuyas producciones se complementan. En lo petrolífero, aunque la R. A. U. no tiene muchos yacimientos, puede ejercer control indirecto sobre los transportes que la mayor parte de los grandes oleoductos procedentes de Arabia y del Iraq realizan precisamente a través de sus suelos, además del tráfico marítimo petrolífero que es el más intenso transporte en el Canal de Suez. En lo humano constituye otro factor positivo la cifra de treinta y dos millones de habitantes que reúnen el Yemen y la R. A. U. propiamente dicha, con lo cual suman el núcleo mayor de todo el mundo árabe. Factor negativo es en cambio el de la falta de continuidad territorial entre los tres sectores de la unión. En todo caso, la R. A. U. ha logrado fijar en El Cairo el eje de equilibrio de su propio Oriente. Y en este éxito el principal triunfo es el de la labor personal del Presidente Gamal Abdennasser, no sólo en la habilidad, sino en la evidencia de que al fin y al cabo siempre ha procurado evitar las soluciones violentas. Por lo menos hasta el momento de cerrarse esta Nota.

R. GIL BENUMEYA.

